

—¡Pero si no es viejo!— replicó Tweedledum más enfurecido que antes—. ¡Es nuevo! ¡Te digo que es nuevo! ¡Lo compré ayer! ¡Mi precioso, mi nuevo CAS-CABEL!

Y aquí levantó la voz hasta convertirla en un verdadero alarido.

Todo este tiempo estuvo Tweedledee haciendo esfuerzos para cerrar el paraguas, metido él dentro. Este episodio tan extraordinario distrajo la atención de Alicia, quien no se preocupó ya del enojado hermano. Pero Tweedledee no pudo conseguirlo en absoluto; al fin se hizo un ovillo con la cabeza fuera, y permaneció echado en el suelo abriendo y cerrando la boca y sus grandes ojos, «como un pez», según pensó Alicia.

—¿De manera que estás de acuerdo en que peleemos?— preguntó Tweedledum algo más sosegado.



—Supongo — repuso Tweedledee — que es el mejor modo de ayudar a resolverlo. Eso tú.

Y los dos hermanos, agarrados de la mano, se fueron al bosque, volviendo con toda clase de objetos, tales como manteles, coberteras, cubos, etc.

—Esperamos — dijo Tweedledum — que sea suficiente habilidosa para atarlos. Todos estos objetos han sido de este modo u otro nos los ponga.

Alicia no recordó haber visto tal vida alboroto ni estrépito por parte de los dos enanos para colocarse en posición de combate, y las molestias que les ocasionaban al poner alfileres y abrochar.

—En realidad, van a pelear cuando terminen — pensó Alicia —. Tweedledee un almohadón en la cabeza para que no le cortaran la cabeza», etc.

—Debes estar enterada, hermana — dijo Tweedledum —, muy formal —, que lo peor que puede ocurrir en una batalla, es que «le corten la cabeza».

Alicia se puso a reír con ganas, pero se arregló de manera que pareciese que estaba seria, rosa de que lo tomara a mal.

—¿Estoy muy pálido? — preguntó Tweedledum —. —modándose el yelmo.

El lo llamaba yelmo, pero en realidad era una cacerola.

—Sí, un poquito — repuso Tweedledee.

—Por lo regular soy muy fuerte, pero al ahuecando la voz —, por lo que me da algo la cabeza.